



ARTE - HISTORIA  
FILOSOFIA Y LITERATURA  
EN RELACION CON LA MEDICINA



## NOVALIS: UN PRECURSOR DE LA «PATOTERAPIA»

por el

Doctor LUIS ALBERTI  
Salamanca.

«Leben ist Tod, und Tod ist auch ein Leben.»

HÖLDERLIN.

Contemporáneo de Bichat, el poeta Friedrich von Hardenberg, comúnmente llamado Novalis, sigue, en cierto modo, una trayectoria vital paralela al anatomista francés. Nace un año después y muere un año antes que aquél. Dedicado en principio al ejercicio del Derecho y de los negocios, remonta su *crisis vocacional* en el mismo año que Bichat decide dedicarse a la Anatomía luego de ese momento de *indecisión* de que hablaba hace poco Lain Entralgo. Resultado de aquella crisis, determinada por un motivo de su intimidad afectiva (muerte de Sofía Kuhén, cuando estaba para casarse con ella), será la dedicación apasionada poético-romántica del joven Novalis. De su vida, bien corta ciertamente, nos queda la novela *Ofterdingen* y sus maravillosos *Fragmentos*, editados y reeditados por Landsberg.

El paralelo vital que hemos señalado entre Bichat y Novalis no se manifiesta, en apariencia, en sus ideas biológicas. Pero un examen más detenido nos permitirá encontrar el nexo entre ambas figuras. En efecto, sabemos la visión que el primero tenía de la vida. Considerábalas como resistencia funcional o como funcional resistencia. Idea cuyos supuestos biofilosóficos residen en el *movimiento* vitalista del animismo de Stahl. Frente a esta actitud expectante y pasiva, Novalis se adelanta a su tiempo cuando expone su idea de la vida, claramente activista; así leemos en sus *Fragmentos*: «Los azares de nuestra vida son materiales con los cuales podemos hacer lo que queremos.» Y como, al fin y al cabo, la enfermedad no es sino la vida «alterada» en sus condiciones de exteriorización, sin ser un estado o actividad—para no prejuzgar conceptos—cualitativamente distinto, proyecta su idea activista sobre aquélla, concibiendo la enfermedad no como una *pasión* o padecimiento quieto—pasivo—, sino como actividad de la misma vitalidad. El dolor, forma visible de la enfermedad, no se «padece», se *hace*. «Los dolores—nos dice—deben ser soportables por el solo hecho de ser nosotros mismos los que los originamos, pues no sufrimos más que en la medida en que somos activos en el sufrir.» Concebido el dolor como el resultado de una tarea personal, se convierte para el poeta en motivo de orgullo. En una palabra, la enfermedad—dolor—es para Novalis, como ya dijo Lain Entralgo, «distinción» (1) o, empleando las mismas palabras del poeta, «recuerdo de nuestro alto rango».

Ahora bien: ¿cuál es la estructura poético-filosófica de Novalis? A la idea negativa de Bichat—pura resistencia—se añade en Novalis el elemento religioso idealista, que cambia por completo de signo la definición del francés. Para éste, el ser vivo se defiende a la desesperada de los ataques que tienden a sumirle en

la nada. El poeta, en cambio, verá el acontecer vital impulsado hacia adelante, proyectado en una determinada actuación. La vida no será más que la etapa necesaria e ineludible que es preciso recorrer lo que todavía *no es*, para llegar a la plenitud de la existencia, que concibe como la identificación o «armonía» de la Naturaleza y la Divinidad. El *ser* auténtico y definitivo comenzará cuando acabe la trayectoria vital, cuando finalice esta peregrinación evolutiva que es el vivir. Pero si ese *ser* constituye la auténtica plenitud vital, la vida humana y terrena no es, en último extremo, más que una aspiración, un deseo, una tendencia, una evasión. En este sentido, como estado imperfecto, la vida es considerada por Novalis como una «enfermedad total» cuya curación paulatina es el proceso que conduce a la muerte. Entonces la muerte no es el límite sutil—y por eso brutal—entre el ser y el dejar de ser; no es un instante de tránsito, ni punto final de una historia, ni aniquilación, sino retirada lenta o apresurada—tanto como la vida—frente a la actividad vital que conquista día a día, por la muerte, la vida definitiva. Por eso leemos en sus *Fragmentos*: «La ocupación del hombre es el ensanchamiento de su existencia hacia el infinito.» «La vida es principio de la muerte. La vida es por la muerte. La muerte es al mismo tiempo final y comienzo, separación y unión, más íntima consigo misma.» Es decir, llega Novalis a una identificación paradójica de la vida con la muerte (2). Porque si la muerte es la llegada de la auténtica vida y se conquista día a día, al fin y al cabo llega a coincidir con la idea de Bichat al concebir la muerte—que para Bichat es la vida—como la resistencia que se opone a la vida—que para Bichat es la muerte—.

La mente biofilosófica de Novalis no se limitó al enunciado contemplativo de unas ideas más o menos vinculadas a su situación histórica. En su obra vemos hoy atisbos geniales, precedentes y raíces de muchas ideas y actuaciones de nuestra Medicina actual. Esas raíces espirituales, que no siempre se manifiestan con suficiente diaphanidad al médico de nuestro tiempo, demasiado agobiado quizá por la urgencia de su diario quehacer. La terapéutica en cuanto tarea específica derivada del pensamiento médico, ha ido enriqueciéndose, en el sucederse de los hombres y de las épocas, en dos sentidos distintos, derivado uno de la multiplicación de los medicamentos disponibles, y en relación el otro con las distintas actitudes del médico ante la enfermedad. Es evidente el papel inmediato visible que desempeña el azar en el progreso científico; pero ello es verdad sólo hasta cierto punto. La ciencia no reconoce ideas absolutamente huérfanas o carentes

(1) «Medicina e Historia», 1941, pág. 332.

(2) Como su coetáneo Hölderlin.

de sentido. Cada proceder, cada técnica de nuestro repertorio actual tiene un precedente filosófico o determinante espiritual. En este sentido, la obra de Novalis está plena de sugerencias.

El médico de hoy dispone, entre otros muchos recursos terapéuticos, de la posibilidad de tratar la enfermedad por otra enfermedad provocada. Ya la sabiduría popular nos había dicho que «un clavo saca otro clavo». Hacía tiempo se había observado que la aparición de una neumonía en el curso de una enfermedad leucémica influía favorablemente en el curso de ésta. De la misma manera, la aparición de un acceso de fiebre (de cualquier etiología), interfiriendo la evolución de determinadas enfermedades, determinaba un acortamiento de dicha evolución en sentido favorable. En estas observaciones de «incompatibilidades patológicas» se han apoyado los modernos tratamientos de algunas enfermedades mentales (esquizofrenia y algunas formas crónicas y estuporosas de la melancolía). El choque insulínico hipoglucémico (Sakel), la terapia convulsivante cardiazólica (von Meduna) y el electroshock (Charletti), se apoyan en el concepto de «incompatibilidad patológica» entre la epilepsia y la esquizofrenia. Evidentemente fué, en este caso, un hecho mal observado; pero por ello no estamos autorizados a concluir que la técnica terapéutica convulsivante es un producto del azar, puesto que el concepto en sí mismo permanece íntegro y vigente.

Pues bien: esta sección de la Terapéutica, que me atrevo a llamar «patoterapia», tiene en Novalis un claro precursor. Numerosas veces nos lo dice: «Las enfermedades son un objeto sumamente importante para la Humanidad, pues es su número tan inmenso y tan grande la lucha que cada hombre tiene que mantener con ellas. Todavía conocemos de una manera muy incompleta el arte de ponerlas a nuestro servicio. Es probable que sean el estímulo y el objeto más interesante de nuestra reflexión y de nuestra actividad. De seguro se podrán obtener en este terreno frutos infinitos, especialmente, a lo que me parece, en el intelectual, en el moral, en el religioso y en no sé qué campo maravilloso más. ¿Llegaré a ser el profeta de este arte?» Y en otro lugar dice: «Las afecciones son medicinas, no hay que jugar con ellas.» Es evidente, pues, el precedente. Pero ¿en qué medida determinaron estas ideas la situación histórica en que se movía su autor?

Tiene plena razón Wladimir Weidle (1) al decir que aquel tiempo (romanticismo) «para el conjunto de la cultura europea significa una transformación más pro-

funda todavía que la que se produjo en la época del Renacimiento». Es el tiempo de la Revolución y del Imperio, que ve nacer el *Fausto* y la *Crítica del Juicio*; momento en que Herder, de regreso de su excursión a Italia, da a luz sus *Ideas sobre la filosofía de la historia de la Humanidad*, mientras Fichte difunde sus ideas desde la cátedra de Jena, foco y origen de la inquietud intelectual romántica de la nueva generación alemana. Es la época de las preocupaciones estéticas de Schiller, de la música instrumental humana de Mozart, de la maduración de la filosofía religiosa de Schleiermacher, de la influencia de los Schlegel, de las novelas de Jéan Paul, de las publicaciones antirrevolucionarias de De Bonald. Laplace lanza sus nuevas ideas sobre el sistema del mundo; Volta construye su pila, y Guillermo Ritter investiga los fenómenos del magnetismo animal, mientras Goya pinta retratos y «cartones» en la corte española.

El vitalismo, al sustituir al mecanicismo, reconoce en la vida orgánica la esencia de su natural existir, y determina, en consecuencia, un regreso a la Naturaleza, fuente y refugio de toda felicidad. Este regreso a la Naturaleza, al proyectarse al orden político, origina la investigación del Derecho natural y produce la «Declaración de los derechos del hombre» y el fenómeno total de la Revolución; al proyectarse el orden económico proclama el naturalismo económico, preconizado ya por los fisiócratas, que precipitará en el liberalismo del siglo XIX. En el terreno puramente biológico, el vitalismo hace volver los ojos a la Naturaleza misma, ordenada por leyes propias, no siempre asequibles a la razón. Pues bien: al proclamarse Novalis profeta y precursor de ese nuevo arte que llamo «patoterapia», manifiesta y reúne dos influencias fundamentales:

a) La idea de utilizar a la enfermedad en su lucha contra la enfermedad no es, en último extremo, más que una vuelta a la naturaleza, pero dando—por así decirlo—un rodeo por la enfermedad; es decir, la enfermedad provocada sería un pretexto para potenciar las fuerzas defensivas de la naturaleza misma; algo así como el estímulo más idóneo de la «fuerza medicatriz» según la vieja concepción hipocrática.

b) La época crítica de la Revolución y de la actividad bélica napoleónica tenía que proyectarse también sobre la elaboración biofilosófica del poeta alemán. Es época de revisión, proyectada a una nueva organización. De los días de la Revolución—enfermedad de un pueblo—saldrá una Europa transformada, con nuevo empuje y vigor. Pero antes es preciso sufrir las horas amargas de la Revolución y de la Guerra. Entonces ¿no vería Novalis en esas horas la imagen proyectada de una enfermedad absoluta y necesaria que haría presagiar unos días de plenitud vital?...

(1) «La muerte del estilo», *Cruz y Raya*, núm. 37, página 48.



Las pastillas «Digestinas» no sólo actúan por la acción directa de sus componentes sobre la pared y el jugo gástrico, sino que al provocar la secreción abundante de una saliva rica en mucina realizan una terapéutica protectora de tipo fisiológico.